

el hombre y su obra

«EL NIÑO DE LA RIBERA», UN POLIFACETICO DEL CANTE «JONDO»

- No sólo es un «cantaó», sino un catedrático, porque conoce la historia del cante desde la raíz.
- Hoy es una de las primeras figuras en todos los estilos.
- Su obra tiene unos cimientos sólidos.

Tenia que ser la calle del Camino Llano la que diera a Cáceres un «cantaó» de fama. En el número 22, en una de las típicas casas de dos plantas bien enjalbegada para recibir el acontecimiento, el 17 de octubre, otoño afortunado, del año 1934, nació Simón García Bermejo.

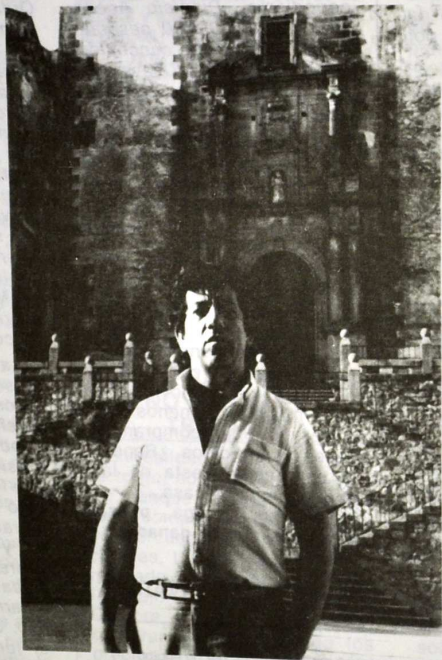
La familia, aunque humilde, celebró la venida al mundo de aquel niño que al ver la luz lloró con «timbre de oro», «¡Qué llorar tan bonito!», comentaría la comadrona. Otro tanto hizo aquel viejo cura de la no menos vieja y popular parroquia de San Mateo cuando le bautizó, momento en el que echó unas copillitas con sus sollozos, mientras el cura le ponía un buen puñado de sal en los labios para que «seas más salao».

Y lo fue. Aquel niño ha conseguido alcanzar la fama y hoy día es nada más y nada menos que «El Niño de la Ribera», uno de los cantaores de más prestigio, incluso.

NIÑO Y FAMOSO

Los años de la niñez fueron pasando. Simón jugaba y brincaba en la popular calle cacereña. Iba a la escuela y oía cantar el «Redoble», mencionando a las del «Caminito Llano». El nos confiesa que también cantaba, pero sentía vergüenza, temía hacer el ridículo. Y por eso lo hacía cuando se encontraba solo.

Como los tiempos eran difíciles, su padre adquirió una huerta en la Ribera Alta del Marco. Allí, cerca de lo que hoy es San Francisco, fue a vivir toda la familia para así cuidar mejor las hortalizas



que después vendían.

Simón asistía a la Catequesis de la iglesia del Espíritu Santo, donde algunas veces hacían reuniones en las que unos cantaban chistes y otros cantaban. A Simón le dio por cantar y un día se lanzó a un fandango titulado

«Entre jazmines y rosas».

Todos quedaron boquiabiertos y le hicieron repetir una y otra vez. Fue entonces **cuando me di cuenta de que sabía cantar**, nos dice ahora Simón.

Poco después llegó la Navidad, y Simón y todos los de

la Catequesis fueron a «Radio Cáceres» para participar en los concursos de villancicos. «Polito», locutor avisado, se dio cuenta de la voz tan bonita que tenía aquel niño y le invitó a volver. Fue el popular locutor quien empezó a llamarle el «Niño» por lo pequeño que era. Más tarde le bautizaron con el nombre de «El Niño de la Ribera».

LA HUERTA. UN MARCO IDONEO

Cuando Simón tenía once años ya era famoso. Nos cuenta él mismo que su padre lloraba cuando le oía cantar.

Más que los libros, le encantaba trabajar la huerta y, mientras cuidaba las hortalizas, cantaba, que era lo suyo. Y como las posibilidades eran muchas, no le fue difícil encontrar un maestro guitarrista. El maestro Moretón le dio clases y le fue ajustando al flamenco. El guitarrista oficial de la radio puso todo su empeño y mimó a Simón. Tenía madera y debía dar fruto.

Pero pasaba el tiempo y Simón tuvo que trabajar para ayudar a la familia. A los quince años entró de dependiente en la ferretería Abad. Empezó su trabajo ganando 90 pesetas al mes y, cuando terminaba la jornada, iba a atender la huerta. Un año después perdió a su padre y aún se vio más obligado, tanto a trabajar como a cantar. Era un joven ambicioso y le dolía que su madre se afanara tanto para sacar adelante a la familia.

Elo le llevaba a cantar donde podía. Al patrón no le agradaba que cantase y le refundaba cuando se enteraba de que había estado haciéndolo. Simón ponía «costillas» y ni



piaba. Hasta que un día decidió dejar el trabajo y pidió la cuenta. Ganaba ya 600 pesetas al mes.

Dejó el trabajo en contra de la voluntad familiar y, viendo que el cante no le llevaba al triunfo y teniendo en cuenta lo que trabajaba su madre, pensó salir de todo aprieto y llegar a rico. Y sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, Simón, «El Niño de la Ribera», tomó un capote y un estoque y se fue por esos mundos a probar suerte como torero. Tras ensayar como pudo con reses mansas, debutó en Zorita. **«Al principio —nos cuenta— me aplaudieron porque tenía planta de torero, pero no sé que hice para que después me pitasen».** ¿Qué hizo? Lo duda aún. La pitada le vino porque no dio una y porque tuvo mucho miedo.

Pero no abandonó el ruedo y siguió probando suerte en las plazas de los neorron y mucho miedo pasó. Como en Salvatierra de Santiago, donde le echaron un toro-toro. Desapareció «El Niño de la Ribera», y Lozano, que montaba el espectáculo, se pilló un disgusto tremendo. Cajo sualmente se dejó caer por allí «Sanchez Cáceres», que también se iniciaba, y Lozano vio solucionado el problema. «Sanchez Cáceres» trató de

desentenderse, diciendo que no tenía ni capa ni espada. Fue entonces cuando se oyó una voz que salía de debajo de los carros y decía: **«Aquí tenéis la espada y la muleta».** Granuja, «El Niño», que se había escondido y ofreció su equipo para que acabasen cuanto antes con el toro.

Simón se dio cuenta que el camino que había emprendido era muy difícil. El toro tenía muchas triquiñuelas y hacía falta un buen padrino. Por otro lado, era mucho su miedo. Lo mejor era volver a lo suyo, al flamenco.

LA MILI Y EL PLATO

Cuando decidió dejar los toros, se le había echado encima el tiempo de cumplir la «mili». Le tocó a Madrid y, como necesitaba dinero, en las horas de paseo, se dedicó a cantar por las plazas y los bares.

Su madre, que había sufrido mucho al verle andar por esos mundos y mal considerado, recibió una enorme alegría al conocer que Simón estaba cambiando. Quizá para evitar que volviera a los toros le alentó a que se hiciera «cantaó». Otro tanto hacían sus hermanos.

Al regresar a casa, Simón volvió a la huerta y además se ocupó del cuidado de los gallos de pelea que habían heredado de su padre, por

cierto, muy aficionado.

«El Niño de la Ribera» cantó día y noche en la huerta para que le oyera su madre y para que también lo escuchasen los que andaban cerca. Pregúntenselo al tío Pedro, que se escondía para escucharle y que un día se durmió escuchando.

SE LO TOMO EN SERIO

— **Tenia 25 años —dice Simón— cuando me tomé en serio lo del cante. Me dije a mí mismo: «Niño, tira «p'alante» que tienes talla».**

En aquellos momentos empezó a ser popular y advirtió que los jóvenes le seguían, que las mozas le «rifaban» y entonces decidió no retroceder jamás.

También era difícil ser «cantaó». Haber nacido en Extremadura, era una contrariedad. El «cantaó», generalmente, tiene su campo en Andalucía. Allí puede ambientarse mejor. Pero como dicen que **«hace más el que quiere que el que puede»**, «El Niño de la Ribera» no se paró en barras e inició su carrera artística. Pensó que lo mejor era estudiar. Se compró muchos libros de flamenco y viajó mucho a Andalucía. También adquirió y escuchó discos y placas de todos los «cantaos» y de todas las épocas.

Más tarde se dedicó a estudiar las distintas escuelas para aprender el deje, las costumbres, el aire, los estilos, la pronunciación... En una palabra, había que vivir el flamenco, aunque costase el mayor sacrificio.

Como todas las cosas tienen su compensación, los esfuerzos, los sacrificios realizados, han llevado a «El Niño de la Ribera» a ser un «cantaó» polifacético, a conocer mejor que nadie el cante, a convertirse en un catedrático, porque Simón no sólo canta muy bien, sino que puede hacer historia del cante.

Siempre ha habido buenos «cantaos», pero la mayoría sólo cantaba un par de cosas, no abarcaba todos los palos del cante. El «cantaó» puede nacer con la gracia, la sal, pero necesita tiempo para hacerse. Tiene que estudiar sin más remedio.

En Extremadura donde no había campo para un «cantaó», Simón tuvo que realizar un nuevo esfuerzo para darse a conocer.

EL PRIMER DINERO DEL CANTE

Cuando hablamos con Simón de dinero, nos dijo que su mayor satisfacción la tuvo

en las fiestas de Monroy, donde le pagaron 200 pesetas por actuar. Era el primer dinero que cobraba. Y le estimuló. Y decidió ir a Madrid, donde pensaba ganar más. En las salas de fiesta madrileñas le pagaban 250 pesetas por cantar toda la noche.

Sus deseos de hacerse famoso y popular le han llevado a cantar en las fiestas de los pueblos sin cobrar una peseta. Siempre ha estado presente en todos los festivales benéficos que se han montado en Cáceres y en Extremadura. Tanto es así, que en su agenda tiene anotados casi tres centenares de actuaciones a beneficio de personas necesitadas, de centros e incluso del Cacereño. **«Lo hacía —manifestó— por ayudar a los demás».** Esta virtud no podía faltar en un artista como «El Niño de la Ribera». En la actualidad, aún sigue siendo una persona desprendida. Acude a festivales en favor de los necesitados. Y su desinterés llega a tal extremo, que en la conversación mantenida durante un viaje muy reciente nos decía que **«el artista flamenco, ningún artista flamenco, puede permitirse el lujo de ponerse precio; el flamenco aun no se cotiza. Claro que con lo que se cobra se puede vivir».**

CANTAR ANTE LOS SEÑORITOS POR UN VASO DE VINO

No siempre había posibilidades de cantar. Los festivales, los tablaos, escaseaban. Por este motivo el «cantaó» se veía obligado a actuar en las veladas que montaban los «señoritos». Eran «juergas» en las que el «cantaó» era la figura y con el que presumía el anfitrión. El artista era invitado a tomar unos vinos, procuraban ponerle alegre y luego le despedían diciéndole que era un genio y que iba a llegar lejos. Es decir, no le soltaban una perra.

Simón no era una excepción y también asistió a muchas de estas veladas. Claro que siempre lo hacía contra la voluntad de su guitarrista, el maestro Canelo, quien solía reprenderle diciéndole que de esa manera jamás llegaría lejos. Pero la debilidad de Simón era tan grande, que en cualquier momento y lugar se ponía a cantar, olvidándose de sus compromisos, tal como le ocurrió en Tejada de Tiétar, donde se encerró en una tasca con unos adinerados y quienes iban a escucharle en la sala de fiesta tuvieron que



na, Meneses y Fosforito. Para Simón existen dos épocas y quisimos conocer la diferencia entre ambas. — En la primera época —dijo— el flamenco era más puro y el artista se preocupaba por tener su estilo personal, a la vez que velaba por la pureza de los cantes; hoy se canta mejor, pero el flamenco ha perdido su pureza, se ha comercializado y se emplea una técnica distinta. Después confesó que el está en la época más antigua, porque es más pura y, si puede aportar algo, lo aportará para **añorar el estilo**.

— Se puede evolucionar —dijo— respetando los cánones.

aguardar más de una hora. Tal vez tenga razón Simón al decir que «antes, el flamenco estaba muerto. Culturalmente no aportaba nada. Cantarlo para tan poca gente lo mató. Ahora está cambiando, porque se está haciendo labor. Se canta en las universidades, en colegios, en teatros y han quedado atrás las fiestas de los «señoritos»...»

LLEGARON LOS PREMIOS

Dado el desinterés material creamos que Simón jamás ha pretendido acaparar nada que no mereciera. Lo suyo es prepararse, superarse, estudiar y trabajar honradamente. Como recompensa le llegó un primer premio en Málaga. Más tarde conquistó otros en diversas capitales y ciudades del territorio andaluz. Y el último lo obtuvo en Barcelona.

No quería ir a la ciudad condal porque desconocía aquel ambiente, pero le propuso la Asociación de Arte Flamenco de Badajoz para que fuera en representación de la región extremeña y no pudo negarse. Este concurso tenía dos fases: la seguidilla y la toná, y la soleá y la malagueña. A la primera fase no asistió por tener un compromiso. Fue en la segunda fase donde alcanzó brillantemente el primer premio. Con ello ha escalado un gran peldaño en su carrera artística, pero el mayor salto lo dio hace tres años en la Catedral de Flamencología de Jerez de la Frontera, donde consiguió el primer premio.

LOS ADMIRADORES

Puestos a curiosear quisimos conocer a quién admira o admiró «El Niño de la Ribera»: — A Don Antonio Chacón, Mojama, Enrique el Mellizo, Manuel Torres, Niña de los Peines y su dinastía, etc. Y de esta época a Antonio Maire-

EL CASORIO A PESAR DE LOS AÑOS

Simón está muy agradecido a muchas personas y de manera especial a Manuel Yerga, de Fuente de Canto, porque le dio los mejores consejos y le proporcionó una abundancia de datos sobre la investigación del cante jondo. Igualmente lo está de la Peña que lleva el nombre de «Niño de la Ribera» en Cáceres.



de ellos. Muchos años compañeros en el marco del folklore y al final, zas, se enamoraron rabiosamente y decidieron celebrar la boda lo más pronto posible.

Hoy el matrimonio vive tan feliz. A Simón se le cae la baba hablando de su mujer y de su hija.

Es muy sentimental y se emociona con cualquier cosa. No es extraño que lllore con frecuencia, a la menor emoción, como ocurrió al casarse y le ocurre cuando consigue un éxito y la gente le aplaude, o cuando no le van bien las cosas. El «canta» nació llorando y sigue a veces llorando. Incluso cuando dice que «Extremadura es parte de mi vida», se le corren las lágrimas.

LA VIDA COTIDIANA DEL ARTISTA

Había que conocer al artista en su vida cotidiana. Supimos que su mujer se levantaba antes y muy temprano fuimos a su casa. Simón se levantó a las 7,30 y por cierto con muy buen humor, canturreando, se aseó y cuando se dispuso a tomar el desayuno, un café con leche, fue cuando nos descubrió.

«Qué pasa tan temprano», preguntó cuando largaba su mano para saludarnos. Le marcamos una mentira y le seguimos al mercado central de Abastos, donde tiene un puesto de sándwiches. Lo atiende él personalmente. Con las clientes es amabilísimo, gasta bromas y así evita que le regañen por los precios y por el peso. «Lo que hay que aguantar», se dejó decir entre dientes.

A la una y media de la tarde cerró su estalache y fue a recorrer los bares Danubio, Hilario y Marbella, en los que a diario dialoga con amigos mientras se toma unos tinteros, no más de dos en cada lugar, porque si se pasa «lo nota Rafi» y no está bien que

Preparó luego café y posteriormente escuchó discos de flamenco, leyó libros relacionados con el cante «jondo» y recibió a su guitarrista para ensayar.

A continuación salió de casa con su mujer y su hija Raquel Simona (a la que puso este nombre tras reñir con la mujer, el suegro y el médico), una niña simpatísima y jugetona, que aquel día lo pasó a lo grande con nosotros como invitados. Se dirigían a visitar a la madre de Simón y a los padres de Rafi. No quisimos entrar en esa intimidad familiar y les abandonamos. Pero antes averiguamos que el «canta» hace la cena, la sirve, friega nuevamente los platos y luego pone el pijama



ella vaya a casa desde el trabajo mientras él toma unas copas. Claro, que a la mujer hay que «pegársela» y a Simón le causa placer hacerlo de esta manera.

Después, dándose las de «calzonazos», porque estima que es mejor, acude a la puerta del Edificio de Servicios Múltiples, recoge a su mujer y regresan a casa.

Mientras Rafi arregla el cuarto de dormir Simón se mete en la cocina y prepara la comida. Dice que porque le encanta. Pero vayan a saber por qué lo hace. El menú de aquel día fue una paella valenciana que le salió riquísima. El segundo plato fueron los «truchas a mi gusto», como él las llama; también le quedaron riquísimas y estaban rebogadas con jamón, champiñón, zanahoria, vino y ajo.

Durante la comida confesó que la casa le encantaba. No nos quedó la menor duda porque terminada la comida, fregó los platos y limpió el fogón. Tras poner en marcha la lavadora con la ropa que en ella había colocado Rafi, se sentó en un sillón y descansó durante una hora.

Preparó luego café y posteriormente escuchó discos de flamenco, leyó libros relacionados con el cante «jondo» y recibió a su guitarrista para ensayar.

A continuación salió de casa con su mujer y su hija Raquel Simona (a la que puso este nombre tras reñir con la mujer, el suegro y el médico), una niña simpatísima y jugetona, que aquel día lo pasó a lo grande con nosotros como invitados. Se dirigían a visitar a la madre de Simón y a los padres de Rafi. No quisimos entrar en esa intimidad familiar y les abandonamos. Pero antes averiguamos que el «canta» hace la cena, la sirve, friega nuevamente los platos y luego pone el pijama



UNA CASA DE EXTREMADURA CON AMBICIOSOS PROYECTOS

La Casa de Extremadura en Sevilla, a pesar de estar ubicada en una ciudad que cuenta con más de 25.000 extremeños entre sus ciudadanos, apenas supera los 700 socios, aunque, todo hay que decirlo, sólo lleva funcionando cinco años de los cuales la mayor parte ha tenido que ser dedicada a las tareas de organización y puesta en marcha. Allí, en el número 19 de la calle Argote de Molina, estas personas se reúnen en los aproximadamente 300 metros cuadrados que tiene la casa, para hablar y oír hablar de Extremadura, la tierra que los vio nacer y a la que, ilusionados, aspiran volver algún día.

— Estamos convencidos —nos dice Andrés Pro, secretario de la Casa— de que aun no hemos llegado al tope de socios, y no dejamos de aprovechar cualquier oportunidad que se nos presenta para hacer un llamamiento a todos los extremeños que viven en Sevilla para que se unan a nosotros: les estamos esperando a todos.

Fundamentalmente, las actividades

que allí se desarrollan son del tipo cultural.

— Una muy especial resonancia tuvo el año pasado —comentó Víctor Martín González, presidente— la Semana del Libro Extremeño, una exposición bibliográfica que abarcó desde libros antiguos hasta ediciones de autores noveles.

Además, están las conferencias, de las que se han hecho desde ciclos tecnológicos (el último ha tratado sobre energía), hasta humanísticos, «aunque siempre tratamos que estén enfocados a ensalzar los valores de la tierra».

El curso en la Casa de Extremadura dura de octubre a julio y todas las actividades que en él se desarrollan, igual que los demás gastos que ocasiona tener abierta la Casa, se cubren con las cuotas de los socios, pues como nos dijeron tanto el presidente, Víctor Martín González, como el secretario, Andrés Pro Bermejo, no han recibido ningún tipo de ayuda ni subvención. «excepto dos o tres pueblos, de los más pequeños de toda Extremadura, que nos mandaron lo que buenamente pudieron para ampliar la biblioteca», que

ya tiene más de 1.000 volúmenes y que poco a poco va creciendo.

Precisamente es en este tema de la biblioteca donde la Casa de Extremadura tiene pensado llevar a la práctica un proyecto bastante interesante.

— Nos hemos dado cuenta —nos contó Víctor Martín— de que muchos jóvenes acuden casi diariamente a nuestros salones con el solo fin de poder estudiar en nuestra biblioteca, una habitación recogida y en la que se cumplen a rajatabla las normas de silencio y respeto hacia los demás. Para ellos hemos pensado adquirir libros básicos que se estudian en cada especialidad y que, por estar tan solicitados en las bibliotecas públicas, son de difícil acceso. Ya les hemos pedido que nos faciliten una lista con los libros que, a su juicio, debemos empezar esta colección.

Industriales, obreros, comerciantes, abogados, médicos, militares, eclesiásticos, directores de empresa, en fin, todas las profesiones y trabajos están reflejadas, a través de sus socios, en la Casa de Extremadura. Este grupo de hombres, preocupados por la situación económica que atraviesa España y que está mucho más acentuada en Extremadura, había ideado, incluso, la convocatoria de un concurso de «proyecto para la creación de puestos de trabajo» que pudiera llevarse a la práctica.

a su hija y la acuesta.

UN CANTAO CON TRAVESURAS

Nos confesó Simón que siempre le ha encantado hacer travesuras. Así considera su época de torero; así nos habla de cuando le encantaba cazar sin licencia y sin edad. Llorar piensa que es una travesura más, porque «el hombre que no llora no tiene sentimientos» y a él le complace llorar. Asegura que hace cada día.

Como es un hombre con profundos sentimientos, quisimos saber que cosas le causaban lástima:

— Me causan lástima —dijo— la persona que lucha por defenderse y no lo logra, los enfermos, las personas que son malas y hacen daño,

cazar sin hacerlo deportivamente y, sobre todo, me causan mucha lástima los «cabrones», porque no hay motivos para ser malos.

Acepta el divorcio si se trata de personas que no pueden vivir juntas, nunca por capricho; no admite el aborto en ningún caso; acepta a los

homosexuales siempre que sean personas mayores y no causen daño a los demás...

A la hora de actuar, su mejor amigo se convierte en su mayor rival porque siempre pretende ser el mejor. Incluso pretende serlo en las procesiones de Semana Santa, cuando canta en Cáceres, en Sevilla, en

Málaga, en Granada, junto a grandes «cantaos».

Se confesó un devoto fervoroso de la Virgen de la Montaña y piensa que ella le ha protegido siempre; también católico, buen marido, buen padre y buen hijo.

ESTA ES SU OBRA

Esta es su obra. La obra que por sí solo se ha labrado este cacereñísimo artista, Simón García Bermejo, el popular y no menos famoso «canta» «El Niño de la Ribera». Una obra con cimientos sólidos, capaz de resistir el más fuerte terremoto, porque Simón no sólo se ocupó de cantar bien, sino de saber qué cantaba, por qué cantaba; se preocupó de conocer la raíz del flamenco.

EMILIO JARAZ
FOTOS: GONZALEZ

